

Soluciones fáciles

Luis Rubio

Difícil imaginar un contraste más impactante en respuesta gubernamental al coronavirus que el evidenciado por el Gobierno mexicano frente al estadounidense y, en general, de la mayoría del mundo desarrollado. El presidente se ha negado a contemplar cualquier cosa que sea ajena a la estrategia que se había planteado desde el inicio del sexenio: voy derecho y no me quito.

No tengo duda que es imperativa una respuesta proactiva por parte del Gobierno ante el panorama económico que se perfila; sin embargo, no me es evidente que las propuestas que circulan sean idóneas o posibles. En su esencia, la propuesta genérica consiste en que el Gobierno se endeude (más) para apoyar a las empresas que súbitamente perdieron a su clientela y a las personas que quedaron desempleadas. Las propuestas varían, pero casi todas implican créditos fiscales, postponición del pago de obligaciones al erario y apoyos directos a empresas o personas. La propuesta más acabada y desinteresada es la de Santiago Levy en Nexos, quien se enfoca hacia minimizar los impactos regresivos de la crisis, protegiendo a los desempleados, sobre todo a los más pobres, todo ello preservando la estabilidad macroeconómica para que pueda haber una recuperación tan pronto concluya la emergencia sanitaria.

La primera lección que nos enseña la historia y que, supongo, es la que motiva al presidente, es que cada vez que el Gobierno se endeuda en exceso, vienen las crisis. En concepto, no hay razón para pensar que esto tiene que ser así, pues hay circunstancias que justifican incurrir en deuda, pero siempre y cuando el uso de ese dinero permita no sólo pagar la deuda en el futuro, sino crear bienes públicos que mejoren la calidad de vida de la población, eleven la productividad y/o creen activos que contribuyan a generar riqueza para la sociedad.

El problema es que la deuda mexicana, prácticamente nunca, a lo largo de la historia, se ha usado de manera productiva; más bien, lo contrario es típico: se contrata deuda pública que luego se emplea para financiar gasto corriente. Es decir, gasto público improductivo, frecuentemente políticamente (o electoralmente) motivado que no sólo no genera condiciones para una mayor prosperidad, sino que distrae recursos productivos. Apostaría a que buena parte del endeudamiento que caracteriza a Pemex nunca se empleó para desarrollar nuevos yacimientos, sino para objetivos que nada tienen que ver con la actividad básica de la empresa. Quizá nunca llegaron a Pemex... En estas circunstancias, resulta temeraria la noción de que al incurrir en nueva deuda, ahora sí, va a ser bien empleada para atenuar los costos de la pandemia. Y peor

con un Gobierno caracterizado por tantos prejuicios contrarios al crecimiento económico y a quienes lo hacen posible.

En adición a lo anterior, no se puede desasociar el momento político de los riesgos inherentes a la emergencia sanitaria y la recesión que se agudiza literalmente cada minuto. En condiciones normales, como ocurrió en 2009, los mercados financieros y la población comprenden la naturaleza de una emergencia y no entran en pánico. En las circunstancias actuales, en que no ha habido un solo proyecto nuevo de inversión desde la campaña de Trump en 2016 (y la única excepción, en Mexicali, acaba de ser tumbada por el propio presidente), cualquier movimiento en materia fiscal o de contratación adicional de deuda podría tener un impacto desmedido sobre el tipo de cambio, ya de por sí presionado. La advertencia de las principales calificadoras en el sentido que el grado de inversión del Gobierno federal se encuentra en riesgo ciertamente no contribuye a un panorama favorable.

Entonces, ¿qué es lo que se puede hacer en este contexto? Lo evidente es que hay que apoyar a las personas que perdieron sus fuentes de ingresos, especialmente aquellas que se encuentran en la informalidad, pues son las más numerosas y vulnerables. Si además se pudiera lograr su formalización a cambio de apoyos, el beneficio sería para todos. También es crucial apoyar a las industrias clave más golpeadas por la crisis, como las vinculadas al turismo.

Lo segundo que habría que hacer es modificar los rubros del gasto público para financiar este objetivo: ningún Gobierno en memoria reciente ha hecho tantas modificaciones al gasto como el actual, así que no hay excusa por la cual esto no pudiese hacerse. Lo obvio sería dejar de financiar proyectos elefantiásicos que no contribuyen al desarrollo regional o nacional, como la refinería de Dos Bocas y el Tren Maya. El sólo hecho de cancelarse mostraría sensatez fiscal, ampliando el espacio anímico para tolerar un pequeño crecimiento en la deuda pública.

Lo crucial es no perder claridad del objetivo que se estaría persiguiendo: todo esto es para reducir el impacto de la recesión sobre la población más vulnerable y asegurar una rápida recuperación una vez que la emergencia sanitaria haya concluido. En la medida en que la prioridad sigan siendo las transferencias clientelares -el gasto más improductivo en términos económicos y de dudosa productividad política- la economía del país se contraerá sin la menor probabilidad de recuperarse, con los riesgos en términos de gobernanza y criminalidad que ello entraña.

Enemigos imaginarios

Enrique Krauze

Tampoco quiere consolidar al Estado. Más bien lo ha ido desmantelando con proyectos caprichosos y recortes arbitrarios, justo en sectores como la salud.

China comunista, sin renunciar al monopolio político estatal, adoptó un sistema abiertamente empresarial, que la ha llevado, junto con otros muchos países asiáticos, a un nivel de vida inimaginable hace apenas tres décadas. Nunca antes en la historia cientos de millones de personas salieron de la pobreza en tan poco tiempo. Pero para López Obrador esa experiencia no cuenta, ni siquiera ante la posibilidad de reemplazar a China en las cadenas de valor estadounidenses para las cuales, dado el distanciamiento entre ambos países, China dejó de ser el proveedor confiable.

En suma, el sistema que propone López Obrador no es capitalismo de Estado, ni Estado sin capitalismo, ni capitalismo, ni Estado.

México no tiene, como Cuba tuvo, el apoyo multibillonario de la URSS y Venezuela. Tampoco cuenta con el tsunami de dólares petroleros que dilapidó Chávez. Por otra parte, el Gobierno ve mal el modelo empresarial chino que genera riqueza y fortalece al Estado. ¿Cómo se financiará el nuevo sistema? Con los recursos que genera el sector público (en caso de generarlos) y los impuestos que pagan las personas físicas y las empresas. Y ¿de quién es, para todo efecto práctico, el sector público? De quien tiene (como escribió Gabriel Zaid) “la propiedad privada de las funciones públicas”, es decir, del presidente. Siendo esto así, dada la improductividad de las inversiones de Dos Bocas, el Tren Maya o Santa Lucía y el pozo sin fondo de Pemex, al no apoyar a las empresas el presidente está dinamitando al propio sector público, es decir, se está dinamitando a sí mismo.

Las calificadoras y la prensa especializada han reprobado su política. Voces históricas de la izquierda le piden recapacitar. Por desgracia, su lógica no es económica. Por eso no tengo la ingenuidad de creer que puedan interesarle, y menos conmoverle, las historias de tantos empresarios que pronto se encontrarán, junto con sus obreros y familias, en una situación extrema. Pero quizá cabe recordarle que su padre fue un pequeño

México no tiene, como Cuba tuvo, el apoyo multibillonario de la URSS y Venezuela. Tampoco cuenta con el tsunami de dólares petroleros que dilapidó Chávez. Por otra parte, el Gobierno ve mal el modelo empresarial chino que genera riqueza y fortalece al Estado. ¿Cómo se financiará el nuevo sistema? Con los recursos que genera el sector público (en caso de generarlos) y los impuestos que pagan las personas físicas y las empresas. Y ¿de quién es, para todo efecto práctico, el sector público? De quien tiene (como escribió Gabriel Zaid) “la propiedad privada de las funciones públicas”, es decir, del presidente.

empresario, y que sus hijos son empresarios ya, y al parecer no pequeños. ¿Elegió su padre, eligen sus hijos, el camino equivocado?

Si la ideología es poderosa, la realidad lo es aún más. El presidente debe recapacitar: los empresarios no son el enemigo. Por el contrario, son sus aliados naturales para enfrentar y remontar la crisis. El pacto de unidad nacional que están proponiendo para proteger el salario y el empleo es la mejor salida. Sin un cambio de rumbo y actitud, la confianza, ese factor valiosísimo dentro y fuera del país, se habrá perdido el resto del sexenio. Si además de la mortandad del virus sobreviene un colapso económico, México vivirá años de dolor, pobreza y zozobra. Y la historia, ese juez al que López Obrador apela tanto, difícilmente lo absolverá.

Los aliados en las conferencias de AMLO

Luis Estrada

A pesar de que el presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO) ha ya pedido a sus adversarios una tregua el 31 de marzo para lograr la unidad, durante la crisis de la pandemia de COVID-19 ha reencauzado sus críticas a los medios de comunicación nacionales e internacionales, impresos y electrónicos, argumentando que lo que publican “busca que le vaya mal a su gobierno” pues “ya no reciben los beneficios económicos que les dieron los seis gobiernos anteriores” que abarcan el periodo que AMLO denomina “neoliberal”, y les reclama que “callaron como momias” durante 36 años, a pesar de que el neoliberalismo fue un “rotundo fracaso” lo que, dice, ayudó a multiplicar la corrupción y minar el estado de Derecho. AMLO afirmó al finalizar la conferencia del 17 de abril: “Nunca los medios de comunicación de México habían atacado tanto a un gobierno como lo están haciendo ahora. Como dicen en mi pueblo, por algo será”.

No es nuevo que algunos presidentes consideren enemigos a los medios tradicionales (mainstream media). Desde Alberto Fujimori en Perú, Rafael Correa en Ecuador, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela, Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en Estados Unidos, diversos mandatarios han enfatizado el discurso, o procurado la vía legal, para desacreditar las noticias de los medios tradicionales que, al monitorear de cerca sus gobiernos, les resulten incómodas. Los señalamientos de AMLO a la prensa nacional incluyen a El Financiero, El Universal, Milenio, Reforma, Televisa y Televisión Azteca, así como a los periodistas Ciro Gómez Leyva, Pablo Hiriart, Joaquín López Dóriga, Carlos Lore de Mola y Raymundo Riva Palacio, por mencionar a los más frecuentes. Las críticas de AMLO a la prensa internacional incluyen a El País, The Financial Times, The New York Times y The Wall Street Journal, entre otros.

Las similitudes de los descalificativos a la prensa tradicional entre AMLO y Donald Trump son notorias: Trump califica como noticias falsas (fake news) lo publicado por los medios tradicionales y favorece a los medios conservadores (estaciones de radio locales y medios digitales), en desventaja de audiencia y que son afines ideológicamente al Partido Republicano. AMLO califica como noticias falsas lo publicado por los medios tradicionales y favorece a los medios “digitales”, en desventaja de audiencia por

lo que son privilegiados en las conferencias diarias de lunes a viernes. De acuerdo con cifras de SPIN, los periodistas de medios “digitales” ocupan regularmente la primera fila y, por tanto, son los que más veces preguntan en las conferencias diarias.

Contrario a lo que afirma AMLO, está en el mayor interés de los medios tradicionales publicar información verificable, pues cuando una noticia no está respaldada por evidencia en forma de datos, testimoniales o información detallada, la credibilidad del medio de comunicación está en juego, y la fidelidad de sus audiencias en riesgo. El dilema de la cobertura de las conferencias de prensa por parte de los medios tradicionales son las afirmaciones falsas o engañosas del presidente: de acuerdo con cifras de SPIN, AMLO promedia 69 afirmaciones no verdaderas por conferencia, lo que dificulta a los medios tradicionales publicar notas sin sustento. Una implicación es que solo el 7 por ciento de las notas principales de la primera plana de los siete periódicos más importantes de circulación nacional se refieren a la conferencia del día previo. AMLO da de qué hablar, pero no establece la agenda.

Durante la crisis de la pandemia de COVID-19, los periodistas que acceden a las conferencias son seleccionados para que no se reúnan más de 50 personas, lo que curiosamente ha generado una sobre-representación de los medios “digitales”. Es paradójico que AMLO privilegie a los medios “digitales” en sus conferencias mañaneras, pues no cuentan con el alcance de los medios tradicionales para multiplicar sus mensajes. Solo durante este año, AMLO ha convocado cinco veces a la radio y la televisión para que se unan en la transmisión de su conferencia mañanera a través de “cadenas voluntarias”.

AMLO pierde, cada mañana, la oportunidad de establecer su liderazgo en momentos de crisis al utilizar el tiempo de las conferencias diarias para criticar a sus adversarios, incluyendo a los medios de comunicación. Mientras que las encuestas muestran una caída constante en su aprobación, AMLO prefiere evadir la responsabilidad y culpar a gobiernos pasados y a enemigos reales e imaginarios. El presidente debería saber que las crisis necesitan comunicar información veraz y oportuna y que, para ello, los medios tradicionales son sus mejores aliados.

Director General de SPIN
Twitter: @luisestrada

MI SOLIDARIDAD A CARLOS RUIZ SACRISTÁN POR LA PÉRDIDA DE SU HERMANO JAIME

El mundo está viviendo una doble crisis sin precedentes. En un flanco está la pandemia de COVID-19 que, para combatirla por su alto grado de contagio, ha obligado a un paro de las actividades productivas y al distanciamiento social. Esto a su vez ha causado una recesión sin parangón, pues el desplome de las tasas de crecimiento económico ha sido generalizado en todas las economías de los cinco continentes.

En México necesitamos tener claras dos cosas: una, los enemigos a vencer son la pandemia y la brutal contracción de la economía; y dos, para vencerlos necesitamos estar unidos, con un plan y con la voluntad de ejecutarlo. Además, la simultaneidad en la caída de la producción y de la demanda no la provocamos los mexicanos; la economía nacional estaba debilitada al cierre de 2019, y el espacio y márgenes de maniobra de los que dispone el gobierno son sustancialmente mucho más limitados de los que se cree.

La magnitud de las caídas en tandem del consumo y la inversión privados, aunado a la fuerte disminución de las exportaciones de bienes, servicios turísticos y remesas, obligaría a un fuerte estímulo fiscal vía aumentos en el gasto de gobierno, la inversión pública y la reducción de impuestos. Y por el lado de la parte financiera, obliga a bajar la tasa de referencia del Banco de México, ampliar las facilidades de liquidez a los intermediarios financieros, incrementar la oferta crediticia y de otorgamiento de garantías de la banca de desarrollo.

Se han tomado medidas por el lado financiero y de política monetaria, pero que van a ser insuficientes. Lo que ahora es prioridad es evitar a toda costa el rompimiento de las cadenas de pago en la economía para no correr el riesgo de causar una crisis del sistema financiero ocasionado por cierre de empresas que carecieron de liquidez. Por lo pronto, la principal fortaleza de la economía mexicana está en la solidez de su sistema financiero.

La debilidad se ubica en la hacienda pública. Su fortaleza que era el petróleo desapareció. Además, la baja recaudación de impuestos y la alta relación de deuda pública a producto interno bruto (PIB), con un alto costo financiero, impi-

Jorge A. Chávez Presa

En México necesitamos tener claras dos cosas: una, los enemigos a vencer son la pandemia y la brutal contracción de la economía; y dos, para vencerlos necesitamos estar unidos, con un plan y con la voluntad de ejecutarlo.

den una política fiscal expansiva. La recesión al tirar las ventas, desploma también la recaudación del Impuesto al Valor Agregado, asimismo ocurre con los Impuestos Especiales sobre Productos y Servicios. Al disminuir los ingresos y no bajar sus costos de operación, las empresas pagan automáticamente menos Impuesto sobre la Renta. Esto genera un déficit en las finanzas públicas.

El bajo cociente de recaudación de impuestos a PIB comparado con otros países similares en desarrollo, reduce la capacidad de endeudamiento. Si a esto le agregamos que no hay perspectivas halagüeñas de crecimiento económico, se afecta negativamente la capacidad de pago gubernamental. Más si las dos empresas productivas de Estado han dejado de generar los superávit primarios y remanentes de operación. Si tan sólo Pemex no se hubiera endeudado como lo hizo desde 2006 hasta 2015, y que la inversión se hubiera traducido en mayor producción de hidrocarburos y de combustibles, aun con la caída del precio del petróleo, otro gallo nos cantarían. El Estado mexicano tendría la capacidad de un bazucazo fiscal de cuando menos 7 puntos del PIB. Por eso importa cuando el Congreso de la Unión autoriza el endeudamiento público. Por eso importa construir una profunda reforma de la hacienda pública para vivir en un Estado incluyente y mutualista que puede socializar pérdidas, protegiendo a quienes menos tienen y menos pueden. Unidos la podemos construir y comprometerla desde ahora para hacer el espacio fiscal que tanta falta nos hace. Polarizados nos va a costar muy caro.

@jchavezpresa